



El reto de la evangelización (pinceladas impresionistas)

Hablando de los primeros dominicos Honorio III dijo: “Los miembros de esta Orden están totalmente consagrados a la evangelización”.

El joven Guillermo de Monferrato nos dice que “Domingo tenía más celo por la salvación de las almas que todos los demás... Muchas veces hablé con él sobre los medios de salvación para nosotros y los demás”.

Ya en el siglo XIII, Tomás de Aquino sostuvo que el carisma de la predicación, que él llamaba “carisma para pronunciar palabras de sabiduría y ciencia en la comunidad cristiana”, había sido dado tanto a los hombres como a las mujeres (II-II, q. 177, a2, 2m et 3m)

El domingo anterior a Navidad de 1511 bajo un techo de paja en la Isla La Española, Antonio de Montesinos predicó un sermón sobre el texto: “Yo soy la voz que grita en el desierto”. Su condena de la injusticia causó una avalancha de protestas.

S.S. Pablo VI nos recordaba en 1970: “La Orden dominicana se traicionaría a sí misma si se apartara de este deber misionero”.

Dirigiéndose al Capítulo General de 1983, S. S. Juan Pablo II dijo: “Vosotros, los dominicos, tenéis la misión de predicar que Dios vive y que El es Dios de la vida y que en El reside la raíz de la dignidad y la esperanza del hombre llamado a la vida”.

El 18 de octubre del año 1987, S.S. Juan Pablo II canonizó a Lorenzo Ruiz, laico filipino y 15 compañeros. El decreto de beatificación de 1980 decía: “De una forma u otra todos pertenecían a la Orden de Predicadores”. El grupo comprendía dos catequistas, dos miembros de la rama femenina del laicado dominicano, dos hermanos laicos y nueve sacerdotes, junto con Lorenzo, que era miembro de la fraternidad del Rosario. Nueve eran japoneses, cuatro españoles, un filipino, un italiano y un francés, reflejando así el carácter internacional de los misioneros.

El Maestro General, Fray Damian Byrne o.p. en su carta “El ministerio de la predicación” de septiembre de 1989, sostiene: Para ser hijos e hijas de Santo Domingo, tenemos que insertarnos en los campos de debate, especialmente en aquellos campos en que la Iglesia encuentra dificultad para responder. Primero para escuchar y aprender, luego nos comprometemos en una reflexión teológica y en el discernimiento de nuestra respuesta, tanto con nuestros hechos y dichos, como con nuestra forma de vida. Si no estamos en medio de las necesidades de la gente, nos exponemos a desorientarnos y corremos el riesgo de ser ineficaces. Seguir a Domingo significa ser para nuestro período de Historia, de la Iglesia y sociedad lo que Domingo fue para el suyo. El es siempre nuestro punto de partida para examinarnos y renovar nuestras vidas”.